

Yaguajay malherido

A un mes del azote de Irma, el litoral norte de Sancti Spíritus amanece cada día como si hubiera acabado de pasar el huracán. Por el itinerario que trazan las torres mudas de los antiguos centrales, *Escambray* sale en busca de las historias del vendaval y las estampas agrídulces de la recuperación

Gisselle Morales Rodríguez

Era la una y media de la madrugada cuando la mata de caoba cayó sobre la placa de Ileana y Carlos. María Elena lo recuerda bien porque fue cuestión de escuchar el golpe, mirar el reloj y, de reojo, también a Ileana, que se había guarecido en su casa cuando el viento apretó y estaba allí con su hijo, muerta de pánico en una esquina.

El estruendo era igual que los demás estruendos, “como cuando cae una bomba —describe María Elena—, ¿qué una bomba? Miles de bombas seguidas”. Pero el *pracataaaaaaaáán* de la caoba desbarrancándose sobre el techo de Ileana y Carlos tenía personalidad propia.

“Ni por nada de la vida yo se lo decía en aquel momento, porque para qué amargarla, pero yo lo supe enseguida —relata—. Al final, la caoba los perjudicó”.

María Elena dice “al final” para resumir la larga historia de más de una década, mucho más, en la que Ileana Trujillo y Carlos Díaz solicitaron permisos, autorizaciones, pidieron prestadas sierras eléctricas y grúas, se quejaron formalmente y en conversaciones de pasillo..., todo con tal de podar el árbol que el pasado 9 de septiembre, a la una y media de la madrugada, el huracán Irma agarró por la raíz y lanzó sobre la placa.

Y allí estuvo, posado encima de la casa, hasta que días después vino una grúa, levantó el tronco y reveló la magnitud del destrozo: la cocina echa tierra, excepto el refrigerador *Input*, “vivo por lo guapo que es”; la cubierta que quedó en su sitio, pero en franco peligro de derrumbe; los cimientos, que parecieran haber sido promovidos. “Yo estoy durmiendo con miedo a que todo se me venga encima”, confiesa Ileana.

Pero al menos ella y su esposo y su hijo, estudiante de preuniversitario, tienen un techo sobre sus cabezas, que ya es más de lo que pueden decir en Vitoria quienes viven en las 216 casas completamente destruidas, las 167 que perdieron de cuajo la cubierta y las 429 que perdieron solo una parte, según los datos que lleva a punta de lápiz la Asamblea Municipal del Poder Popular en Yaguajay.

Si a esas cifras se les suman las de derrumbes parciales y daños en viviendas de tipología I, el total de inmuebles afectados en el Consejo Popular de Simón Bolívar asciende a alrededor de 970, una estadística que ofrece a *Escambray* Javier Viaña, presidente de la zona de defensa que, además de Vitoria, conforman las comunidades de Centeno, La garita, La gasolinera y Siboney.

Javier entra y sale del puesto de dirección para atender cuestiones apremiantes: reuniones citadas de ahora para ahora, partes al municipio, gestión de transporte para el acarreo de materiales...; en la improvisada oficina, queda el grueso de la comisión encargada del papeleo y los trámites de los damnificados, que no son pocos.

Representantes del Banco, Comercio, Finanzas y Precios, Planificación Física y de la Dirección Municipal de Trabajo laboran de lunes a lunes desde las siete de la mañana hasta que el sol alcanza para resolver la mayor cantidad de afectaciones. La percepción del proceso, sin embargo, varía en dependencia del lugar que se ocupe en la larga cadena que va desde el daño hasta el daño restañado.

En la cola, pescando la escasa sombra



El cemento es uno de los recursos más demandados por la población. /Foto: Carmen Rodríguez

a punto de mediodía, más de 20 personas comentan que si la respuesta va demasiado lenta, que si te viran para atrás la documentación por cualquier bobería, que si los recursos no alcanzan ni a pedacitos. Dentro, abrumados por la desesperación ajena, las autoridades intentan poner orden: “Fíjense, yo los entiendo, pero estas cosas no se pueden hacer con apuro porque cada numerito es un recurso y nosotros no nos podemos equivocar —vocea una funcionaria—. Esto hay que hacerlo como es”.

Ambas partes, lamentablemente, tienen razón. Lo reconoce Javier Viaña, quien enumera los materiales que han entrado y los compara con la cantidad de damnificados a los que se les ha dado “algún tipo de respuesta”, más de 400.

Entre los recursos figuran los llamados módulos para facilidades temporales, una especie de paquete que incluye cemento, planchas de fibrocemento, cartón, puntillas, arena..., y cuya finalidad es apuntalar una pared aquí, levantar un muro allá, techar lo imprescindible para que la gente no espere la solución definitiva durmiendo a la intemperie. Lo que se dice una curita.

“De esos módulos en el consejo se han repartido gratuitamente 15, hay muchos casos viviendo por el momento con vecinos o familias y cinco personas se han instalado en el centro de evacuación que radica en Narcisa”, puntualiza Javier.

Una de esas cinco personas es Rosalba Aroche Hernández, que se salvó en tablitas.

UN LUGAR DONDE METERME

“Yo no saqué nada porque como mi casa era de mampostería y placa, ¿qué iba a imaginarme yo que podía caerse?”. Todavía un mes después de Irma, a Rosalba se le hace un nudo en la garganta cuando recorre las ruinas de lo que fue su hogar, un pedacito de no más de 10 metros cuadrados en la esquina norte del antiguo almacén de azúcar del ingenio Vitoria; un pedacito tan pequeño y con muros tan antiguos que, en verdad, no se ajusta a la categoría de “mampostería y placa”.

Pero Rosalba allí había plantado su emporio con su televisor, sus ventiladores, su colchón, su bicicleta y su máquina de coser. “Refrigerador no tenía —exceptúa— y esa es

la suerte, porque si hubiera tenido, se habría perdido también”.

De sus cuatro paredes había salido antes de que las rachas apretaran demasiado, más para no quedarse sola que por miedo al derrumbe. “Ni por la cabeza me pasaba que esto se caería —recuerda—; fíjate que yo estaba confiada en casa de unas amistades. En cuanto lo peor pasó, yo me puse como perro con bicho por ir para lo mío. Oye, pero cuando me asomé por la carretera y miré para acá y vi que estas paredes de 500 años se habían caído, salí corriendo y gritando. Encontrarlo, lo encontré todo, pero desbaratado”.

Parada sobre los escombros, Rosalba repasa dónde se levantaban las paredes, dónde había ubicado los muebles, dónde está aún el tanque de agua, sepultado para siempre si un alma caritativa no se anima a removerle los metros cúbicos de piedra.

“Ahora vivo en Narcisa, en el centro de evacuación —describe—. No es como la casa de uno, porque en cuartos separados hay muchas familias diferentes; pero para mí,

que no tenía un lugar donde meterme, está bastante bien”.

Yoan García, Celia Moraima González y Yadir Turriño tampoco tenían donde vivir. Yadir, para colmo, con solo 25 años ha parido ya dos veces y dice que está embarazada de nuevo.

Los tres, como Rosalba, agradecen la posibilidad de dormir bajo techo y de tener las condiciones mínimas; sin embargo, a diferencia de Rosalba, ninguno de ellos considera que, en el centro de evacuación municipal, donde conviven más de 20 familias, les vaya “bastante bien”.

Yadir me agarra de la mano y me enseña lo que ella llama “su parte”, un cuarto amplio donde ha colocado las camas que le dieron y las colchonetas, pero no el fogón de petróleo que también le asignaron porque no enciende ni a palos. Señala un hueco enorme en el techo de fibro: “Por ahí entró toda el agua que cayó en Yaguajay los otros días y entran enjambres de mosquitos que me levantan los niños en peso”, cuenta.

Va hacia la colchoneta y descose 10 centímetros por una esquina: “Si no me la hubieran dado estuviéramos tirados en el piso, pero es casi lo mismo, porque son de íntimas. Mira...”.

Ni Yadir, ni Celia Moraima, ni Yoan necesitan exagerar unas circunstancias que están a la vista de todos y a escasos kilómetros de las oficinas habilitadas por la zona de defensa, donde los funcionarios tienen los datos claros: “De Narcisa solo hay 10 casos albergados, el resto proviene de otros consejos del municipio”, aclara Mercedes Águila, jefa del puesto de dirección.

Ello quiere decir que las inconformidades con los procedimientos deben ser analizadas por la zona de defensa de la que proviene cada albergado. Y es hasta comprensible, si se tiene en cuenta la tensión de las estructuras de Gobierno en la base, que para resolver sus propios problemas prácticamente no dan abasto.

Lo que no puede suceder, de ningún modo, es que un damnificado vaya a parar a un limbo burocrático, que no aparezca en una lista de afectados o no tenga derecho a comprar el módulo de cocción. En el río revuelto del huracán no está de más recordarlo: Yadir, Celia Moraima, Yoan, Rosalba y el resto de los evacuados en el preuniversitario de

RECuento DE DAÑOS

CONSEJO POPULAR DE ARACELIO IGLESIAS

 Derrumbes totales: 53	 Afectaciones totales de techo: 46	 Afectaciones en viviendas de tipología I: 163
 Derrumbes parciales: 39	 Afectaciones parciales de techo: 152	Afectaciones totales: 453

CONSEJO POPULAR DE OBDULIO MORALES

 Derrumbes totales: 126	 Afectaciones totales de techo: 72	 Afectaciones en viviendas de tipología I: 53
 Derrumbes parciales: 58	 Afectaciones parciales de techo: 245	Afectaciones totales: 554

CONSEJO POPULAR DE SIMÓN BOLÍVAR

 Derrumbes totales: 216	 Afectaciones totales de techo: 167	 Afectaciones en viviendas de tipología I: 56
 Derrumbes parciales: 109	 Afectaciones parciales de techo: 429	Afectaciones totales: 977

Fuente: Asamblea Municipal del Poder Popular de Yaguajay